

8ª Entrega



El caminante hunde los pies en la fatiga húmeda del pisar

Contrastes.

Cuando la nieve adormece las tierras, bajo el silencio de sus blancos edredones, el camino se esconde entre la vasta llanura.

Porque la nieve es bella por ser blanca; porque la nieve es buena por recogerlos en compañía ante el fuego del hogar; porque la nieve es placentera al alargar nuestras miradas frente al horizonte; porque la nieve riega; porque la nieve evita el hielo en las plantas; ...porque la nieve equivoca el paisaje: lo allana, lo alisa, lo enrasa... y esconde el camino y la acequia bajo una manta de plata.

Pero la nieve es un escalofrío para el caminante. Su belleza, su bondad y su placer, a veces, mueven temblores como el agua de los neveros y como los resplandores del sol en la irisación reflectante y abrasadora de la llanura.

Un espejo es la nieve con el sol del día, con la luna de la noche, con la luz de los amaneceres y de los atardeceres. A la oscuridad de negro, el brillo bajo las estrellas la amenaza con resplandores. Porque, cuando en la noche rutilan las estrellas, se multiplican sobre los cristales de la nieve y matan y esconden la negrura nocturna.

El caminante hunde los pies en la fatiga húmeda del pisar. Intenta, midiendo las distancias de los horizontes, guardar fidelidad a la senda, a la angosta senda en el camino de hierba oculta.

La acequia, otrora alegría prolongada de la vega, larga sonrisa del camino, es forzosamente convertida por la nieve en cepo oculto a los traspies del caminante.

El camino se vuelve amante celoso y la acequia se torna castigadora de aquellos cariños, ávida de resbalones y patinazos.

La nieve, como si fuera un color inerte e insípido, tiñe por igual todas las cosas. Y como si de un nivel se tratara, intenta rasar igualando surcos y barrancos.

Los chopos espigados de las charcas y de las lagunas, mantienen sus espingardas de esparvel como soldados de vigilancia, ¡ellos!, solo ellos, escapan de esta rasera, porque sacuden al viento su cabellera enramada de tallos pasados por la peluquería del otoño.

El caminante cambia de pie y se escurre con su huella, con su profunda huella, en la hondonada de la acequia, pero la sonriente acequia del verano y las primaveras no se lo traga, lo deja asomando en el espesor del manto blanco.

En estos días atascados, la casa del pueblo de la madre de mi madre queda lejos, más lejos... tan lejos como el mundo entero.